

LO QUE QUEDA DE UN CUERPO: CERVANTES Y LA CELEBRACIÓN

Germán Prósperi

Universidad Nacional del Litoral
Universidad Nacional de Rosario
germanprosperi@gmail.com

Resumen: El trabajo analiza la dimensión de lo celebratorio en relación con la figura de Cervantes al cumplirse 400 años de su muerte. Recorre algunos textos centrales que configuraron un cervantismo argentino y lee algunos fragmentos del texto con el objetivo de discutir la hipótesis que pone en relación el afán celebratorio y la escritura de Cervantes.

Palabras clave: Cervantes, celebración, cuerpo, cervantismo argentino

Abstract: The paper analyzes the dimension of the celebratory in relation to the figure of Cervantes to be fulfilled 400 years after his death. Covers some central texts that shaped an Argentine cervantismo and read some fragments of the text with the aim of discussing the hypothesis that relates the celebratory zeal and writing Cervantes.

Keywords: Cervantes, celebration, body, Argentine cervantismo

Ante todo, como siempre, la autobiografía: No me gustan los festejos ni las reuniones demasiado multitudinarias. Nunca entendí los modos de la celebración y siempre preferí el silencio o el retiro a zonas de soledad donde poder seguir pensando en aquellos lugares a los que no iba o en las personas en cuyo honor se realizaba la fiesta.

Si el homenajeado es Cervantes, esa verdad parece encontrar ciertos límites difusos y hace flaquear mi natural resistencia a estos eventos. Pero en seguida, las razones que encuentro para afirmar que sí, que debo escribir un homenaje (enseño Literatura Española en dos Universidades de Argentina), vuelven a diluirse ante la constatación de un cansancio, el que pone a Cervantes en una especie de fiesta interminable que actualiza mis sospechas y las redobla. ¿Cuántos festejos más es capaz de soportar un escritor? ¿Cuántas lecturas más son posibles para explicar una obra? ¿Hasta cuándo hablaremos de él?

En el año 2005 celebramos los 400 años de la publicación de la primera parte del *Quijote* y ni siquiera la provinciana Santa Fe escapó de los influjos de la corriente memorialística y organizamos desde la cátedra santafesina un panel con la participación de Nora González, Melchora Romanos y Juan Diego Vila. No voy a reseñar, tarea por otra parte imposible, la multiplicidad de acontecimientos que se sucedieron en Argentina y el mundo para recordar la publicación de la primera parte de la novela; baste como mención la realización del Congreso “El *Quijote* en Buenos Aires”, organizado por el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso” de la Universidad de Buenos Aires, cuyas

voluminosas actas dan cuenta de la intensidad del festejo. Como decimos en la intimidad, no faltó nadie.

En 2013 se celebraron los 400 años de la publicación de las *Novelas ejemplares*, con festejos más austeros y previsoros, ya que dos años después había que volver a encender las luces del gran salón para recordar los 400 años de la segunda parte del *Quijote*.

Esta vez, cansados y descreídos, asistimos a la convocatoria de otro festejo provocado por el mismo número (400) y por el mismo nombre (Cervantes), pero esta vez es distinto, porque no se trata de recordar una obra sino un autor y por consiguiente a toda su escritura, lo cual vuelve, esta vez sí, casi imposible la organización del fasto.

La obra de Miguel de Cervantes Saavedra no puede explicarse, ni reseñarse, ni investigarse sin correr un riesgo, aquel que nos pone ante la constatación de que lo que diremos ya fue dicho, lo que investigamos ya fue construido como saber por otros y que fue realizado de un modo mejor. Esto nos pone, a nosotros y a nuestro objeto, en una zona de borramiento en la cual la palabra no dice eso que queremos decir y que sospechamos vacía de sentido o contenido. Esto se lo digo a mis estudiantes todos los años cuando enfrento la enseñanza de Cervantes, advertencia que nos hace tomar conciencia de que algo siempre sabemos de este autor, que Cervantes ha estado allí, en nuestras vidas, desde el inicio de nuestro comercio con la lengua, desde el momento mismo en que alguien nos enseñó literatura. Cervantes sería algo así como la imagen isomórfica que nos atraviesa como sujetos de

aprendizaje, desde el momento preciso en que convertimos la literatura en enseñanza, esto es desde que iniciamos nuestra escolarización. Cervantes es toda la enseñanza de la literatura y no sólo la española, sino la escrita en español y me atrevo a decir, en todas las lenguas. Ante lo que no podemos decir cometemos el error de repetir y en ese gesto seguimos borrando lo que ya era, en su inicio, ilimitado.

En el Panel del 2005 al que me referí anteriormente, Melchora Romanos, quien era en ese momento Profesora Titular de Literatura Española del Siglo de Oro en la Universidad de Buenos Aires, inició su exposición con una cita de Gerardo Diego, quien fue el primer galardonado con el Premio Cervantes junto con Borges en 1979, un empate técnico. Al recibir el premio el poeta español dijo:

El año 1980 puede y debe ser año de Quevedo, y el próximo, el 81, año de Calderón, como el 79 ha sido el de Gabriel Miró. Pero el año de Cervantes no existe, porque a partir de 1605 todos los años son suyos y todos los años tenemos que hablar juntos, velar juntos, rezar juntos cuantos vivimos, escribimos, poetizamos, soñamos la lengua de Cervantes, tenemos que desfacerla para volver a hacerla, a un tiempo fecha y desfecha, a la vez historia y pervivir, presente absoluto y universal de toda nuestra redonda familia que gira sin cesar sobre su eje para que nunca se ponga el son en su jota central ni en su pareja de vocales espejeantes: eje, hijo, hoja, ojo. (Diego citado por Romanos, 2005, pp. 61-62)

El año de Cervantes no existe, sin embargo venimos repitiendo el gesto del recuerdo como un modo de

reasegurarnos en nuestros lugares de profesores, investigadores o también extensionistas, pero sospecho que no en nuestro lugar de lectores. También en aquel 2005, Juan Diego Vila ironizaba sobre el valor de la magnitud del acto del recuerdo y las dificultades de superponer “lecturas académicas” con “rarezas cervantinas”:

Una tesis doctoral comparte cartel con museos que muestran la cama de Dulcinea, iconografías sobre el anciano hidalgo y su rollizo escudero se pueden complementar con el recetario manchego al alcance de cualquier ama de casa con inventiva, reediciones del texto canónico se anuncian en pie de igualdad con promocionadas rutas turísticas por los campos de Montiel. (2005a, p. 32)

Podemos hipotetizar que esas palabras dichas hace más de diez años fueron perdiendo su anclaje y ya no se aplican, tan estrictamente, en un contexto actual. Algo habremos aprendido.

Las palabras de Romanos y de Vila sirven de introducción a un punto en el que quiero detenerme brevemente y muestran la vigencia, posible de ser historizada con facilidad, de un cervantismo escrito en las pampas. Argentina ha sido y es un centro productor de conocimiento sobre Miguel de Cervantes y, es necesario ampliar esta perspectiva, sobre temas propios de todo el hispanismo. Sirva como ejemplo que Argentina posee desde 1987 la única asociación de hispanistas (la AAH) en todo el orbe de los países hispanohablantes; ni siquiera España posee una Asociación Española de Hispanistas. En

América, además de Argentina, Brasil posee su Asociación Brasileña de Hispanistas fundada en el año 2000.

El cervantismo argentino, que Juan Diego Vila no dudó en caracterizar como una “pasión nacional” (2005b, pp. 15-20), encuentra algunos focos de indiscutible presencia en el rearmado de un mapa crítico que siempre es incompleto pero que potencia el campo en el cual se inscribe. Dice Vila:

Cada vez que hubo cervantismo en Argentina el hispanismo, necesariamente, gozó de buena salud. El estudio de Cervantes y sus obras – pues su influjo excede, ampliamente, la centralidad conferida a la historia del enloquecido hidalgo– sirvieron, en distintos momentos del hispanismo nacional, para decir sinecdóquicamente un todo. El cervantismo local fue, qué duda cabe, una de las expresiones más genuinas de un estudio ininterrumpido que, contra vientos y mareas contextuales, bregó por mantener presente una tradición, historia que definía a otro pero que también hablaba nuestra identidad, saga de la cultura que mentaba, de continuo, la ocasión de un reencuentro con autonomía y libertad. (2005b, p. 16)

Esta posición en sinécdoque favorece la puesta en valor de nombres y centros productores de conocimiento que construyen una serie sin quiebres, serie en la que maestros y discípulos se suceden como la muestra de la renovada vitalidad de aquella pasión nacional. Están allí los nombres de Ricardo Rojas, Arturo Marasso, María Rosa Lida, Ángel Rosemblat, Marcos Morínigo, Hugo Cowes, Ana María Barrenechea, Isaías Lerner, Celina Sabor de Cortazar, Emilio Carilla, Carlos Nallim, Frida Weber de Kurlat, Juan Bautista Avalle Arce,

entre muchos otros autores y perspectivas metodológicas. Este recorrido encuentra un punto de indudable inflexión en lo que podemos denominar la renovación de los estudios cervantinos del Amado Alonso, grupo que desde la década del 90 del siglo XX viene desarrollando en el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas un trabajo ininterrumpido de estudio, investigación, edición, enseñanza y extensión de la obra cervantina.

El grupo de cervantistas del Amado Alonso, en su versión renovada, encuentra en los nombres de Alicia Parodi y Juan Diego Vila sus dos exponentes más destacados, responsables de grupos de investigación en los que se han doctorado numerosos discípulos, dedicados exclusivamente a Cervantes y a casi la totalidad de su obra, al menos en lo que respecta al *Quijote*, las *Novelas Ejemplares* y el *Persiles*.

No es mi intención reseñar la voluminosa producción de Parodi y Vila pero sí detenerme en dos libros que fueron producto de sus respectivas tesis doctorales. En el año 2002, Alicia Parodi publica *Las Ejemplares: una sola novela*, resultado de su tesis doctoral de 1998 “La poética en las *Novelas Ejemplares* de Miguel de Cervantes” dirigida por Ana María Barrenechea. En ese trabajo Parodi leyó las *Ejemplares* en clave alegórica, oponiéndose a las tesis sobre el realismo de la colección y sumó un plus a su lectura, ese que sostuvo que se puede seguir en la serie de novelas la historia de la salvación divina, una puesta en funcionamiento de la alegoría en sentido religioso.

En 2005 Juan Diego Vila defendió su tesis doctoral dirigida por Elena Huber titulada “La locura de la dama: asedio a la

cuestión femenina en el *Quijote*”, parte de la cual fue publicada en 2008 con el título de *Peregrinar hacia la dama: el erotismo como programa narrativo del Quijote*. La tesis de Vila, alejada de las posiciones alegóricas de su maestra y en cruce con la lectura canonizada que sostiene que el caballero lucha con la realidad, afirma que la andadura vital de Quijote es movida por la búsqueda de la dama, que sus aventuras son solo pasajes hacia el encuentro con Dulcinea y que, en definitiva, *Don Quijote* es un libro “sobre el amor, sobre sus posibilidades, sobre el otro, sobre uno mismo” (Vila, 2008, p.7). Y en esa misma lectura, que Vila no vacila en llamar “delicioso delirio de la interpretación” (p. 10) y que reconoce como deuda a su amiga y maestra Alicia Parodi, va un punto más allá al volver a visitar las coordenadas entre lectura y locura. Si Alonso lee a hurtadillas -escena que nunca vemos tal como bien supo enseñarnos Ricardo Piglia (2005, p. 189)-, si su contacto con los libros es siempre controlado –por el ama y la sobrina primero; por el cura, el barbero y el bachiller Sansón Carrasco después-, si, en definitiva, su comercio con la interpretación y con los mundos simbólicos es una operación peligrosa; Vila no duda en equipararla con las actividades que en el siglo XVII eran prohibidas para el mundo femenino, por lo cual, sin dejar de lado el escándalo, afirma que Alonso Quijano lee como una mujer. Gesto de lectura pero también gesto político, porque la tesis de Vila fue dicha para el hispanismo internacional con una valentía crítica que todavía no fue valorada suficientemente. La potencia de las tesis de Parodi y Vila, que no dudo en calificar de *queer*, habla de la vitalidad del cervantismo argentino

inmerso en un contexto internacional que refuta, disiente, acuerda, pero nunca deja indiferente la letra argentina.

Argentina es cervantista y las actividades no se restringen al ámbito de la investigación y la enseñanza sino también al nunca bien valorado espacio de la extensión. ¿Cómo considerar entonces el Festival Cervantino de Azul en la Provincia de Buenos Aires? En este 2016 se cumple la décima edición de un evento que año a año convoca a académicos, artistas, bibliotecarios y un público heterogéneo que acude, por razones desconocidas, durante una semana, a estar en Cervantes y a hablar del autor del *Quijote* como parte de su vida cotidiana. El impulso dado a las Jornadas por José Manuel Lucía Megías, hoy Presidente honorario de la Asociación de Cervantistas, permitió la proyección internacional de un encuentro que marcha a convertirse en clásico. Lucía Megías (2016) ha publicado recientemente una biografía sobre Cervantes en la que, entre otras cosas, se ocupa de la relación del autor con América, lugar al que siempre quiso viajar, pero por falta de linaje e influencias no pudo concretar. En 1590, ya obligado a quedarse en España, buscará otros oficios, entre los que estuvo el de recaudador de impuestos y continuó su derrotero como escritor, ya que faltaban todavía 15 años para la publicación de la Primera parte del *Quijote*.

Pero si hablamos de actos de la vida diaria que se vieron ocupados por la presencia de Cervantes, este es sin dudas el posible hallazgo en el año 2015 de los restos del cuerpo del escritor en el convento de las Trinitarias en Madrid, en un ataúd que lleva las iniciales MC. Desconozco el avance de las investigaciones pero no dudo que, de confirmarse la hipótesis,

la puesta en marcha de la maquinaria celebratoria será imponente.

¿Qué nos dice este afán por los restos de un cuerpo? ¿De qué manera opera, en los imaginarios culturales y sociales, el hallazgo de un manojito de huesos que podrían identificarse como pertenecientes al escritor de Alcalá de Henares? Hay una respuesta obvia y que tiene que ver con devolver al espacio justo al padre de la literatura española, ese que instauró linajes más allá de su escritura y fundó discursividades. Pero más allá de esas pugnas por seguir construyendo una nacionalidad literaria, los huesos de Cervantes nos hablan de otra cosa, de una actualidad que pone a su obra en el centro de la escena crítica contemporánea. Es así como podemos leer este gesto en clave biopolítica, tal como Gabriel Giorgi (2016) viene realizando con algunos materiales de la ficción latinoamericana y argentina recientes. Giorgi se pregunta, tal como lo hizo anteriormente con *el animal* (2014), ¿qué hacen en ciertas ficciones del presente los restos de un cuerpo? ¿Por qué persiste esa temporalidad del resto, que a pesar de no mostrar signos vitales, sigue allí, queda como vibración o resonancia? Esa supervivencia de lo corporal nos exige preguntarnos por los modos en que convertimos esos materiales en zona de interrogación estética en tanto espacios que suspenden el presente en su afán de permanencia.

Esos restos, ese cuerpo que no desaparece del todo, que estaba oculto esperando a ser puesto en circulación, nos dicen que Cervantes, el más clásico de los escritores en lengua española, puede regresar como el más actual de los objetos críticos en una vuelta de tuerca genial, que a través de la

paradoja, reinventa su inscripción en la serie y pone en circulación un saber que ni siquiera esperaba. Vuelve a fundar discurso desde la tumba, inventa nuevas relaciones, traza líneas de fuga, rearma la historia de una literatura y mira a la escena crítica contemporánea con sarcasmo e ironía para decir estoy aquí, estuve siempre aquí, esperándolos.

Este impulso por celebrar una vida grandiosa no estaba en las aspiraciones cervantinas, quien siempre llevó, lo sabemos, una vida de necesidades. Su ficción familiar nos habla de su pobreza, de las tres veces que fue encarcelado (la primera, por la quiebra de un banco donde había depositado los dineros recaudados para el rey, la segunda como cautivo en Argel y la tercera por un confuso episodio en el que muere un hombre en la entrada del edificio donde vivía), de su vida entre mujeres (su esposa Catalina muerta en 1610, sus hermanas y su hija, de quien la biografía no deja de aportar datos escandalosos: su amor por Juan de Urbina, un embarazo extramatrimonial, dos maridos que no pudieron hacerla olvidar de su primer amor, la muerte de su hija, nieta del escritor), su permanente lucha por encontrar un oficio real y los traslados que eso supone (Valladolid, Madrid, desplazamientos a Italia), de sus penurias a la hora de publicar sus libros, entre otros episodios que marcan su andadura como autor.

La primera parte del *Quijote* había sido un éxito editorial. Ya en diciembre de 1604 había sido publicada en la imprenta de Juan de la Cuesta, tal como era costumbre. Los libros eran ofrecidos a los imprenteros y eran ellos los que decidían la publicación, hecho por el cual los autores recibían un único pago ya que no existían los derechos de autor. La imprenta,

hecho decisivo en la construcción del personaje del caballero enajenado fue un motivo de agrandamiento de las penurias del autor. Quijote existe como personaje por la imprenta; sin ella, Alonso Quijano no hubiera podido leer los libros de caballería hasta secar su cerebro; él es, como bien expresó James Iffland, un producto de “la Galaxia Gutemberg” (1992, p. 623).

La condición de best seller de su época no aleja a Cervantes de la pobreza, quien es casi obligado por Juan de la Cuesta a escribir y publicar la segunda parte, no sólo por la urgencia que había provocado el Quijote apócrifo de Avellaneda, sino por la precaria economía del escritor.

El éxito de la primera parte del *Quijote* no sólo es español, sino europeo y tempranamente americano. El libro se tradujo rápidamente al inglés (1612 y 1620), al francés (1614 y 1618), al italiano (1622), al alemán (1648) y al holandés (1657). También hay registros de la presencia del hidalgo en fiestas americanas ya en 1607 (tanto en Perú como en México). Pero al éxito de la novela en el tiempo hay que buscarlo por otras latitudes, ya que en España las ventas primeras fueron decayendo y cuando se publica la segunda parte todavía circulaban ejemplares de la segunda edición de 1605 que no habían sido vendidas.

Cuando Cervantes publica la primera parte no tiene en mente tanto la batalla contra las novelas de caballería, sino la lucha editorial con un personaje exitoso en la península desde hacía más de 50 años, es decir, el pícaro, representado en el momento de la publicación del texto por la figura del *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán (1599 – 1604). El problema del pobre como héroe, encarnado en la figura de Sancho, permite

leer una clara conciencia política de Cervantes y una preocupación porque sea él un protagonista destacado en la segunda parte. Sus olvidos y su inigualable gobierno de la ínsula, ponen al escudero en la más estricta tradición humanista, que Cervantes conocía de primera mano desde su viaje a Italia en 1569. Sancho aprende en la ínsula que la realidad puede cambiar a partir del modo en que es interpretada, que sus médicos y consejeros no tienen razón y que se puede elegir la libertad, aunque esto inscriba su accionar en la genial paradoja de que sea un analfabeto el que entienda los saberes del mundo.

Contra la picaresca o en su serie, como modo de combatir la pobreza o por el cumplimiento de obligaciones diversas, Cervantes fue conocido en su tiempo y leído más allá de las fronteras españolas, límite que encuentra en el canal de La Mancha sus potencias de continuación. Según José Manuel Lucía Megías (2016) el éxito de la novela se debe a las lecturas realizadas fuera de España. En la península, el libro fue recibido como una novela de caballería más, género que todavía va a gozar de éxito hasta bien entrado el siglo XVII. En contrapartida, el resto de Europa y especialmente los enemigos de la corona española, vieron en la novela la representación de un caballero extraño, risible y ridículo en el que encarnaron al Imperio español en decadencia. Esto encuentra, según Megías, un cambio en Inglaterra, ya que son los ingleses los primeros en ir más allá del reconocimiento del estilo serio del libro y de sus potencias humorísticas. Los ingleses leen la obra como sátira moral, como obra de alguien que ofrece algo inesperado, la posibilidad de refundar el género

para siempre y hacer de la novela moderna un estilo que no puede abandonarse más allá de fronteras y lenguas. Eso es lo que Cervantes lega a la tradición, no su humorada caballerescas, sino su inteligencia narrativa, esa operación por la cual la propia novela se construye ante los ojos del lector y los personajes son conscientes de existir por la pluma y por la “máquina mal fundada destes caballerescos libros” (I, p.13)¹ que ya no son las novelas de caballería como declaraba el prólogo de la primera parte del *Quijote*, sino la máquina maravillosa de la imprenta que permite el decir perpetuo de la verdad del caballero.

Cuando don Quijote está volviendo, cuando está cansado de sus fracasadas aventuras, visita en Barcelona una imprenta donde encuentra una edición del Quijote apócrifo de la que dice no tener noticia. “Y diciendo esto, con muestras de algún despecho, se salió de la emprenta” (II, 62, p. 875). El despecho provocado por la edición condenada no explica en su totalidad la escena. Lo que vemos es un hombre saliendo de una imprenta que es el espacio del triunfo del libro en la modernidad. Quijote, quien siendo Quijano vendió parte de su tierras para comprar sus “más de cien cuerpos de libros” (I, p. 58), quien luchó contra las mujeres de su vida (el Ama y Antonia, su sobrina), contra el cura, contra el barbero amigo y contra el dudoso bachiller Sansón Carrasco, contra el Estado representado por los duques de 1615, contra sí mismo; ese personaje, el mismo que imaginó la utopía en una biblioteca, el

¹ En las citas del texto cervantino indicamos en número romano la parte y en arábigo el número de capítulo. Citamos por la edición de Isaías Lerner y Celina Sabor de Cortazar, 2005.

que lleva los libros en su cuerpo, ese mismo es el que decide salir de la imprenta y alejarse para siempre de la letra escrita.

¿Puede cansarse un personaje? ¿Hasta cuándo se puede sostener la farsa de la ficción? Tal como hemos leído, en el capítulo 74 de la segunda parte, el personaje se muere; está en su casa, rodeado de su familia y amigos pero “o ya fuese por la melancolía que le causaba el verse vencido, o ya por la disposición del cielo que así lo ordenaba” (II, 74, p. 933) cae enfermo y ya no se repone. Tres veces se nombra la palabra melancolía en el diagnóstico del enfermo y esto debería aclarar las razones de su muerte; tres días permanece vivo después de dictar su testamento, para sufrir luego sucesivos desmayos y finalmente dar su espíritu; tres son las personas que lo lloran: Antonia, el ama y Sancho. El caballero empeora y se duerme, “dicen, más de seis horas; tanto, que pensaron el ama y la sobrina que se había de quedar en el sueño” (II, 74, p. 933). También sabemos que de ese sueño despierta cuerdo, ya no es más “Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de *bueno*” (II, 74, p. 634). Ya aborrece los libros de caballería y ni siquiera se deja convencer para iniciar una vida como pastor, es decir, para volver a la literatura, a la novela pastoril que tanto quería Cervantes desde la publicación de *La Galatea* en 1585. No, esta vez no. La huida de la imprenta en Barcelona es el inicio del final.

Pero si leemos bien, si volvemos a la escena de la muerte tantas veces recordada advertimos un cambio de tono, algo que estaba allí y que necesita ser visto:

Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo, se tendió de largo a largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron a su remedio, y en tres días que vivió después deste donde hizo el testamento, se desmayaba muy a menudo. Andaba la casa alborotada, pero, con todo, comía la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra o templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto. (II, 74, p. 936)

El ama, Antonia y Sancho se regocijan porque van a heredar. No sabemos si entienden realmente qué; si el dinero que Sancho recibirá alcanzará para mejorar el futuro de sus hijos por quienes tanto se ha sentido preocupado; si el ama podrá encontrar una continuidad después de la vida de servicio que ha ofrecido al hidalgo; si la sobrina Antonia podrá conservar la totalidad de la hacienda si es que encuentra un esposo que no tenga noticia de los libros de caballería, tal como ordenó el testamento de su tío, dato imposible para cualquier hombre del siglo XVII lo cual la condena a una segura soltería en la riqueza o a un matrimonio en la pobreza.

La muerte, nos enseña Cervantes, también puede celebrarse, pero esto termina con la lectura, con aquella actividad que asegura que el conocimiento de las cosas se alcanza con seriedad y con tiempo. ¿Qué cosas vamos a elegir a partir de aquí? ¿La dudosa seguridad del recuerdo o el regreso a casa? ¿Acudir a la fiesta multitudinaria o replegarnos en los gozos de la lectura? ¿Elegiremos la opulenta celebración o el amor de los hombres?

Referencias Bibliográficas

- Cervantes Saavedra, M. (2005). *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*. Edición de Isaías Lerner y Celina Sabor de Cortazar. Buenos Aires: Eudeba.
- Giorgi, G. (2014). *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Giorgi, G. (2016). “Figuras de sobrevida y temporalidades biopolíticas.” Trabajo presentado en el *VI Seminario Argentino Hispano*. Santa Fe: Facultad de Humanidades y Ciencias (UNL). Mimeo.
- Iffland, J. (1992). “Don Quijote dentro de la Galaxia Gutenberg (Reflexiones sobre Cervantes y la cultura tipográfica)”. *Actas X Congreso AIH*. Barcelona: PPU, pp. 623-634.
- Lucía Megías, J. M. (2016). *La juventud de Cervantes. Una vida en construcción: retazos de una biografía en el Siglo de Oro. Parte I*. Madrid: EDAF.
- Parodi, A. (2002). *Las Ejemplares: una sola novela. La construcción alegórica de las Novelas Ejemplares de Miguel de Cervantes*. Buenos Aires: Eudeba.
- Piglia, R. (2005). *El último lector*. Barcelona: Anagrama.
- Romanos, M. (2005). “De caballeros y espejos. Los homenajes a Cervantes y el *Quijote* en los homenajeados con el Premio Cervantes”. Romanos, Melchora; Juan Diego Vila y Nora González. *Lecturas del Quijote: investigaciones, debates y homenajes*. Santa Fe: Ediciones UNL, pp. 15-30.
- Vila, J. (2005a). “El *Quijote* como texto político, don *Quijote* en la arena política”. Romanos, Melchora; Juan Diego Vila y Nora González. *Lecturas del Quijote: investigaciones, debates y homenajes*. Santa Fe: Ediciones UNL, pp. 31-52.

Vila, J. (2005b). “La forja del cervantismo argentino. Escuela, maestros y discípulos de una pasión nacional”. *Olivar* 6 (6), pp. 15-20.

Vila, J. (2008). *Peregrinar hacia la dama. El erotismo como programa narrativo del Quijote*. Kassel: Reichenberger.